

CHILE: LA CUESTION DEL PODER *

Paul M. SWEEZY

El que lleva a cabo una revolución sólo a medias, está cavando su propia tumba. Saint Just, 1794.

La tragedia chilena confirma lo que debió significar y para muchos así resultó a todo lo largo del proceso, que no hay vía pacífica al socialismo. Aquéllos que irrevocablemente están comprometidos con la no violencia harían bien en admitir que no son revolucionarios y deberían limitar sus actividades a la búsqueda de reformas que están seguras dentro del marco del sistema capitalista. La razón es simplemente que los beneficiarios del sistema existente, incluyendo a muchos que se imaginan ser sus beneficiarios, no van a rendirse sin una lucha o a renunciar a cualquier medio accesible a ellos al dar la batalla.

Sin embargo esto no significa que la experiencia chilena no demuestre, ciertamente, que en la lucha por el socialismo sólo los medios violentos son apropiados y efectivos. Significa llanamente que, en alguna etapa del proceso, la confrontación violenta es inevitable. De ahí resulta que el surgimiento de esta confrontación violenta es el punto central de toda estrategia y táctica socialistas en todas las etapas del proceso, y el problema no estriba en saber evitar la confrontación violenta sino en cómo prepararse para ella y ganarla. Mirado desde este ángulo, la experiencia chilena tiene muchas lecciones que aportar.

Debemos empezar por recordar y subrayar la profunda verdad medular del gran trabajo de Lenin *El estado y la revolución*: el estado burgués existe con la finalidad de proteger el orden social burgués. De ahí que no pueda utilizarse para transformar el orden social. Éste debe demolerse y ser reemplazado por un estado que represente los intereses de las clases explotadas. Solamente después de que esto se haya logrado tiene sentido hablar de una transición al socialismo.

La experiencia chilena demuestra que para un gobierno de larga trayectoria socialista es posible ganar el poder público a través de los medios que proporciona una constitución democrático burguesa.

* Artículo publicado en *Monthly Review*, vol. 25, No. 7, diciembre de 1973, Nueva York. Traducción de Dinah Rodríguez Ch.

Donde esto es posible, las fuerzas socialistas sólo tienen la alternativa de utilizar estos medios de la mejor manera según su habilidad: rehusarse a ello significaría abandonar la arena política a los partidos burgueses. En Chile el error se cometió después y no antes de la elección de Allende en 1970, y como los subsiguientes hechos inevitablemente lo implican, el meollo de la cuestión fue el error del gobierno de la Unidad Popular para prever y hacer todo lo que estuviera a su alcance en prepararse para la confrontación armada que final y fatalmente ocurrió el 11 de septiembre de 1973.

¿Qué pudo haber hecho el gobierno de la Unidad Popular?

Para contestar esta pregunta debemos recordar la historia reciente del nuevo régimen que entró en funciones en noviembre de 1970. La primera reacción de la burguesía chilena ante la elección de Allende fue de pánico. La bolsa sufrió un colapso, el capital y algunos capitalistas abandonaron el país, la producción bajó y el desempleo aumentó. Al mismo tiempo la extrema derecha intentó fomentar un golpe, esfuerzo que en ese momento particular los jefes de las fuerzas armadas consideraron como inoportuno y potencialmente desastroso. Los intentos fallidos de golpe endurecieron políticamente a Allende, y hacia fines del año las nuevas políticas económicas destinadas a beneficiar a las masas populares (liberalización de precios, elevación de salarios, expansión de la construcción y de los programas de beneficio social y aceleración de la reforma agraria), empezaron a mostrar sus resultados. La popularidad y la base política del gobierno creció rápidamente en los primeros meses de 1971, hecho comprobado por las elecciones municipales de abril que fueron una contienda en la que todos los partidos expresaron sus posiciones no en términos locales sino en términos de apoyo o de oposición al gobierno de la Unidad Popular. En tanto que Allende había obtenido un 36.3% de la votación en la elección presidencial, la participación de los partidos de la Unidad Popular aumentó a 50.9% en abril. En otras palabras, la Unidad Popular ganó por mayoría absoluta e incrementó su proporción en la votación total en no menos del 40% durante sus primeros 6 meses en el poder. Éste fue un logro sorprendente que puede llegar a ser único en la historia de las elecciones políticas, y que abrió nuevas perspectivas y posibilidades. La verdadera tragedia de Chile es que este hecho tan obvio, considerado retrospectivamente, no fue aprovechado oportunamente por el dirigente político del momento.

La elección de Allende dio a la Unidad Popular control sobre el ala ejecutiva del gobierno. Las otras ramas —legislativa, judicial y fuerzas armadas— permanecieron en manos de los enemigos de la Unidad Popular. Para lograr el poder del estado la Unidad Popular tenía que rescatar del enemigo estos bastiones so pena que, de no hacerlo, tarde o temprano, serían usados como bases para contraatacar y destrozarse a la Unidad Popular desde el ala ejecutiva.

La situación que existía después de las elecciones de abril era totalmente favorable a la Unidad Popular. En relación con este hecho se deben tomar en consideración dos cosas: primero, que la constitución chilena había sido modificada por el anterior gobierno, demócrata cristiano, en favor de los plebiscitos como un método para romper el estancamiento entre el Presidente y el Congreso. Segundo, que el programa electoral de la Unidad Popular exigía el reemplazo de la cámara de diputados y senadores por una Asamblea Popular unicamaral, lo cual habría sido perfectamente posible y realizable dentro de las normas del procedimiento constitucional por el que Allende había optado si es que las elecciones municipales de abril se debían interpretar como un mandato para llevar adelante su programa. El procedimiento y los resultados esperados habrían sido aproximadamente los siguientes (por supuesto el fracaso también era una posibilidad, tema del que nos ocuparemos más adelante): la propuesta de una ley que aboliera la legislación bicamaral y la sustituyera por la propuesta Asamblea Popular pudo haber sido sometida al congreso. Desde luego que habría sido rechazada preparando así el camino para el plebiscito. Si luego la Unidad Popular hubiera sostenido una campaña agresiva que ilustrara a los votantes en relación a los artículos fundamentales de la ley y elevara su conciencia política, es razonable suponer que la mayoría de abril habría podido sostenerse y aún incrementarse. El siguiente paso habría sido el de ganar una mayoría de escaños en la nueva Asamblea Popular, y una vez logrado esto se habría podido promulgar una legislación vitalmente importante que había sido bloqueada por el antiguo congreso. Igualmente significativo habría sido el hecho de que el Poder Judicial se hubiera reformado y substituido (otra meta en la plataforma electoral de la UP).

Esto habría dejado a las fuerzas armadas como única ala del gobierno fuera del control de la UP y último obstáculo para capturar verdaderamente el poder del estado. Las vías más apropiadas para sostener esta última lucha no son tan evidentes como las que se esbozan en líneas anteriores. Sin embargo, una cosa está clara: el gobierno de la Unidad Popular debió haber empezado la lucha inmediatamente, en el momento en que su prestigio estaba en la cúspide y la iniciativa política totalmente en sus manos. Los oficiales reaccionarios debieron haber sido retirados y los leales promovidos a posiciones claves de mando; las retribuciones, condiciones de vida y derechos democráticos de los reclutas y oficiales no comisionados debieron haber sido mejoradas y expandidas; la educación política debió ser conducida en forma de programas de entrenamiento y quizás, lo más importante, los contactos entre los militares chilenos y los Estados Unidos debieron haberse suspendido incondicionalmente. Al mismo tiempo, el gobierno de la Unidad Popular debió empezar a organizar, armar y entrenar, una milicia popular con el propósito de confiarle

progresivamente las responsabilidades emanadas de un ejército y una política nacional (carabineros). Tomadas en conjunto, todas estas medidas habrían llevado más o menos rápidamente al reemplazo del viejo *establishment* militar burgués por uno nuevo bajo el control de las fuerzas socialistas; y cuando esto se hubiera logrado, el proceso de transformación de la sociedad chilena de capitalismo a socialismo se habría podido realizar seriamente.

La pregunta más importante que hay que contestarse es por qué el gobierno de la Unidad Popular falló en llevar a cabo la vía indicada tanto en la arena política como militar. Parte de la respuesta sería, por supuesto, que importantes segmentos de los dirigentes y de la Unidad Popular no querían verdaderamente completar la conquista del poder e iniciar la transición al socialismo más allá de lo que, por ejemplo el Partido Laborista o los socialdemócratas escandinavos quieren, para llevar a cabo sus metas. Indudablemente en esto hay alguna verdad, pero no es el aspecto del problema que nos interesa aquí. Entre los dirigentes de la Unidad Popular también había socialistas sinceros que reconocían la necesidad de establecer un control sobre la legislatura y el poder judicial y de neutralizar al menos a las fuerzas armadas, y quienes, hasta ese momento no favorecían la audaz acción expuesta en la línea indicada. Dichas gentes debieron haber integrado la dirección de la Unidad Popular sin que la política del gobierno hubiera sido diferente de la que realmente era. Esta es la evaluación y entendimiento de la situación, que los socialistas de todo el mundo deben entender y aprender para evitar futuras tragedias como la de Chile.¹

Primeramente tomemos la política militar de la Unidad Popular, esencialmente opuesta a la que se sugiere líneas arriba. Generales y almirantes fueron tratados con guantes y no se escatimaron esfuerzos para otorgarles responsabilidades económicas y políticas cada vez mayores. Cuando el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) intentó hacer trabajo político entre los soldados rasos y la oficialidad el gobierno estalló: el propio sobrino de Allende fue enviado a la cárcel por tal actividad y se permitió que continuara la ayuda norteamericana los militares al mismo tiempo que Washington cerraba todos sus créditos al propio gobierno tanto en los bancos norteamericanos como a través de sus agencias de préstamo. En los meses anteriores al golpe del 11 de septiembre de 1973 el gobierno de Allende permitió que pasara sin vetar una ley que otorgaba a las fuerzas armadas el

¹ El siguiente análisis se basa menos en el material publicado que en lo que he escuchado o inferido de discusiones políticas con muchos miembros de la izquierda chilena, tanto de la Unidad Popular como fuera de ella y en visitas a ese país en noviembre de 1970 y en octubre de 1971. Los participantes de estas discusiones incluyen personas cercanas al presidente Allende y otros autores de la política del gobierno de la Unidad Popular y de los partidos.

derecho de catear cualquier lugar en busca de armas, lo que desembocó en un verdadero reino de terror contra los trabajadores en sus fábricas y en sus hogares. En síntesis, la política militar de la Unidad Popular no solamente toleraba sino animaba y fortalecía al enemigo y a la quinta columna del imperialismo en su seno.

¿Por qué? Creo yo que la respuesta es una mezcla de ingenuidad política y temor. Algunos de los dirigentes de la Unidad Popular, probablemente incluyendo al propio Allende, creyeron en el mito del carácter apolítico y no intervencionista de los militares chilenos. Estuvieron al tanto de los numerosos complots y conspiraciones en los que estaban involucrados altos jefes de la derecha pero prefirieron creer que el cuerpo de oficiales en su conjunto permanecería neutral en tanto el gobierno respetara las normas constitucionales. Al mismo tiempo, y en contradicción con este mito, temían que cualquier esfuerzo por reorganizar a los militares o que interfiriera con su monopolio de la fuerza armadas y su autonomía en cuestiones de disciplina provocaría de inmediato un golpe contra el que el gobierno estaría incapacitado para defenderse.

Ahora ya no es necesario develar el mito. Ello sucedió de manera efectiva el 11 de septiembre y es de esperarse que la lección haya sido aprendida de una vez por todas no sólo por los chilenos sino por los socialistas del mundo entero. El temor es otro aspecto. Ni qué decir que esto no tenía base; pero lo que los dirigentes de la Unidad Popular debieron haber sabido es que si ellos seriamente querían una vía hacia el socialismo, tarde o temprano tenían que enfrentarse al problema de los militares.

La pregunta más oportuna que debió formularse en los primeros meses de 1971 es si ésta era la época más favorable para la confrontación. En otras palabras, desde el punto de vista de la estrategia socialista el problema era esencialmente de oportunidad. Esto era cierto no solamente respecto a la confrontación con los militares sino también en cuanto a la reestructuración y control de las ramas legislativa y judicial. Lo que sabemos es que los dirigentes de la Unidad Popular no actuaron en ninguno de estos frentes. Por ello es de vital importancia entender la razón de su inacción.

La razón básica, creo yo, fue la incapacidad para evaluar correctamente los acontecimientos acaecidos entre la elección presidencial de septiembre y las elecciones municipales de abril. Como ya se mencionó anteriormente, el pánico inicial y la consecuente semiparálisis económica fue seguida por una recuperación caracterizada por un aumento del poder adquisitivo de las masas y una brusca caída del desempleo. A no dudarlo, había una conexión causal directa entre esta recuperación con su mejoramiento en las condiciones de vida de las clases bajas por una parte, y los espectaculares éxitos de la Unidad Popular en las elecciones municipales. El error consiste en malinterpretar y sobreestimar estos éxitos al suponer que ellos marcan el

comienzo de una nueva fase duradera de éxito continuo para la masa popular. Si esto hubiera sido así, lógicamente la conclusión habría sido la de que no había necesidad de llevar a cabo decisiones políticas difíciles e indudablemente riesgosas después de las elecciones de abril. Por el contrario, se pudo arriesgar el argumento convincente de que llevar a cabo tal decisión en el momento habría sido un serio error: por tanto, era mejor permitir que las tendencias favorables continuaran desarrollándose. Si la Unidad Popular había ganado una neta mayoría en abril, era de esperarse que ésta aumentara del 55 al 60% en otros seis meses. Entonces sería la ocasión para golpear y entretanto todas las energías se habrían concentrado en mejorar la imagen del gobierno de la Unidad Popular especialmente las de sus dependencias económicas y sus respectivos programas. Para este momento la batalla de la producción era decisiva y las medidas políticas no aplicadas pudieron seguramente ser pospuestas hasta que fueran estrictamente necesarias.

Juzgando los acontecimientos retrospectivamente, es fácil darse cuenta que esto era una ilusión trágica. Las mejorías esperadas no se realizaron; la base política de la Unidad Popular ya no se expandió; la burguesía chilena se rehizo de su primer choque y confusión y empezó a luchar de una manera organizada; el capital financiero internacional, dirigido por Estados Unidos, fraguó un embargo crediticio sobre Chile, haciendo que la importación de artículos de primera necesidad, materias primas y equipo de capital se hiciera progresivamente más difícil. Las oportunidades de ganar un plebiscito parecieron más lejanas y crecía el peligro de una confrontación con los militares. La oportunidad dorada que se presentó en las elecciones de abril se perdió definitivamente. Para fines de 1971, la Unidad Popular ya había perdido la iniciativa, y para todo propósito práctico había abandonado cualquier tentativa de delinear una estrategia coherente para tomar el poder. A nivel gubernamental se instauró un periodo de incertidumbre, de ir viviendo día con día en espera de un inesperado cambio favorable de los acontecimientos. De manera creciente, la lucha real pasó a las calles, fábricas y otros lugares de trabajo entre la clase trabajadora y la burguesía, aproximándose a una acción directa que sólo podía terminar con la victoria de la lucha armada para una o para otra. Que esto sucediera con las fuerzas armadas, sólidamente manejadas por manos enemigas, acentuó y comprometió fatalmente las oportunidades de una victoria para la clase obrera.

Hace un instante decía yo que, visto retrospectivamente, esto se podía apreciar fácilmente. No quiero, sin embargo, suponer que hubiera sido imposible ver de manera clara el esquema general, sino los detalles de la situación que se estaba desarrollando en los meses cruciales de 1971. La clave estaba en el correcto análisis económico del periodo inmediato a la toma de posesión del nuevo gobierno. Es característico de las economías capitalistas, especialmente las subdes-

arrolladas, que posean cantidades relativamente grandes de recursos no utilizados —capacidad ociosa de la planta, trabajadores desempleados, así como existencias de materias primas y productos semi acabados. Chile, para 1970 no era la excepción. Además, Chile poseía grandes reservas de divisas ya que, como consecuencia de la Guerra de Viet Nam, en varios años se produjo una fuerte demanda de cobre a precios altos, producto principal de exportación chilena. Por ello, no hubo obstáculos o cuellos de botella en el proceso de un rápido incremento de la producción, especialmente en aquéllas industrias tecnológicamente poco complicadas que producían artículos para el consumo popular (textiles, vestido, muebles para la casa, etcétera) y esto es precisamente lo que sucedió cuando el gobierno adoptó políticas fiscales, de salarios y de precios a fin de incrementar el poder adquisitivo de las masas.² Al incrementar sus tasas de operación los capitalistas de las principales empresas afectadas pudieron fácilmente incrementar sus ganancias a pesar del incremento de los salarios y la congelación de precios. Pero el hecho de que estuvieran dispuestos a hacerlo así, no indica de ninguna manera su inclinación por realizar inversiones de capital que pudieran liquidar en un futuro más o menos distante. En un clima de extrema incertidumbre, los capitalistas están ansiosos por apropiarse lo que puedan hoy día, pero se oponen a adquirir obligaciones para mañana. Y en su trayectoria a largo plazo, tienen la seguridad de guiarse por lo que ellos consideran que está en interés de la supervivencia del sistema y el fracaso de sus enemigos. De ahí que el primer auge de 1971 tenga que ser visto estrictamente, a corto plazo, como un fenómeno transitorio.³ Cuando más, ya que

² LEO HUBERMAN y yo informamos de un fenómeno similar en Cuba, en una etapa comparable de la Revolución Cubana. Muchas veces, escribíamos en el verano de 1960 durante nuestra estancia en Cuba, nos impresionó "la amplitud con la que podían obtenerse rápidos e importantes resultados por el simple hecho de eliminar los peores abusos y despilfarros del orden antiguo. Para decirlo en otros términos, había un gran potencial no usado (o abusado) en la economía y en la sociedad cubana, y esta circunstancia ha permitido al nuevo régimen llevar a cabo rápidamente y de manera relativamente fácil, algunas cosas que en condiciones menos favorables hubieran tomado algunos años." Nosotros hacíamos referencia a un estudio del Departamento de Comercio que decía que "pocos países sostienen gastos generales tan pesados en servicios públicos subutilizados". En gran parte, en Chile prevalecía la misma situación en 1970-71, hecho que por supuesto era bien conocido para los economistas de la Unidad Popular. La cita es de HUBERMAN y SWEETZ, Cuba: *Anatomy of a Revolution*, 2a. edición, Monthly Review Press, 1961, p. 95.

³ Las razones fundamentales de esto fueron claramente señaladas hace algunos años por el gran economista polaco Oscar Lange: "Un sistema económico basado en la empresa privada y en la propiedad privada de los medios de producción puede funcionar en tanto se mantiene la seguridad de la propiedad privada y del ingreso derivado de dicha propiedad. La mera existencia de un gobierno inclinado a introducir el socialismo es una constante amenaza

desde su continuación, fue pesadamente dependiente de la posibilidad de importaciones estratégicas cuando los precios del cobre estaban bajando y las agencias internacionales de préstamo se rehusaban a hacer más préstamos a Chile. Las reservas de divisas del periodo pre-Allendista empezaron a venir a menos en la alborada de la victoria de la UP en las urnas, y estaban condenadas a agotarse en un futuro relativamente cercano.

Me parece claro que un verdadero dirigente revolucionario se habría aferrado a esta situación y extraído la conclusión lógica de que la victoria electoral de abril planteó a la Unidad Popular no solamente la oportunidad sino la inevitable necesidad de tomar temerarias y decisivas medidas para arrancar el completo control del aparato del estado a la burguesía. Pero, tenga o no razón acerca de esta cuestión ello no importa ahora: el caso es que ésta es la lección cardinal que debe extraerse de la experiencia chilena. Ganar todo el poder del estado *debe* ser el objetivo que debe prevalecer en un movimiento socialista serio que entra en funciones por la vía electoral.⁴ Dependiendo de una particular coyuntura histórica, puede ser posible dar origen a condiciones que temporalmente inclinen la balanza a favor

a su seguridad. Por ello, la economía capitalista no puede funcionar bajo un gobierno socialista, a menos que el gobierno sea socialista de nombre solamente. Si el gobierno socialista socializa las minas de carbón y declara que la industria textil va a ser socializada después de un lapso de cinco años podemos años, puesto que los propietarios amenazados de expropiación no tienen ya incentivos para hacer las inversiones necesarias y para manejarlas eficazmente. estar ciertos de que dicha industria quedará arruinada antes de esos cinco Ninguna supervisión gubernamental o medidas administrativas pueden competir eficazmente con la resistencia pasiva y el sabotaje tanto de los propietarios como de los administradores". Lange extrajo la conclusión lógica de que "sólo existe una política económica que él (un economista solicitado para asesorar un gobierno socialista) puede recomendar... como viable para el éxito. Esta es una política de *coraje revolucionario*." Y esta política faltó en la Unidad Popular chilena. Las citas son párrafos de un ensayo bien conocido de Lange escrito en 1938: "On the Economic Theory of Socialism" que se reprodujo bajo el título "On the Policy of Transition" en *Monthly Review* (enero 1971), pp. 39-40, 44.

⁴ Me gustaría destacar una cuestión que está implícita más que explícita en el análisis anterior, es decir, que la conquista plena del poder del estado es esencial no solamente para frustrar una contrarrevolución político militar sino también para hacer posible la *continuación* del avance en el frente económico. Debido a esto son indispensables un extensivo financiamiento del estado, una movilización masiva de recursos humanos, una planeación central coordinada y firmes controles sobre las empresas que continúan en pie. Pero el logro de estos fines y actividades es obviamente imposible a menos y hasta que la conquista del poder del estado haya sido completada y consolidada por las fuerzas socialistas. Además de las ilusiones sobre la democracia burguesa, el gobierno de la UP en Chile también tenía la ilusión de que podían ser realizados aquéllos fines dentro del marco de una economía capitalista.

de la revolución y contra el orden existente. Si tal situación surge, es absolutamente esencial que sea aprovechada y explotada al máximo. La alternativa es entregar la iniciativa al enemigo con una invitación implícita a usar su capacidad económica superior para crear el caos y su fuerza militar para dar el golpe de gracia en el momento oportuno. Esto, como ahora lo sabemos, es exactamente lo que pasó en Chile.

Por supuesto, no había garantías de que una ofensiva política integral después de las elecciones de abril hubiera triunfado —ya que en política, especialmente en política revolucionaria, no hay garantías— y en realidad esta incertidumbre fue, más que nada, la causa de que los dirigentes de la Unidad Popular dudaran, pospusieran y, finalmente, no hicieran nada. Un plebiscito pudo haberse perdido. O bien, aún si se hubiera ganado, las subsecuentes elecciones pudieron no haber permitido obtener la mayoría de votos en la nueva Asamblea Popular. ¿Entonces qué?

Parece que lo peor que pudo haber sucedido fue lo que realmente sucedió. Pero la dirección revolucionaria habría tenido otros caminos abiertos. Bien pudo haber decidido, de una vez, como proponían los socialistas de izquierda y el MIR, la preparación para el enfrentamiento con los militares. Si el resultado hubiera sido el de provocar un golpe en 1971, las oportunidades de vencerlo probablemente hubieran sido mejores que en 1973, ya que, sobre todo, habría sido una respuesta para alertar los preparativos defensivos. También podía haber sido emprendida una retirada política. Esto hubiera involucrado un compromiso con el ala derecha de los demócratas cristianos y su propósito habría sido el de mantener el régimen constitucional y el camino abierto para un avance renovado posterior. Este camino, a no dudarlo, habría sido difícil y habría puesto de manifiesto todas las asperezas de la flexibilidad política y de las tácticas de frente amplio. Pero aquellos que desean aprender de la experiencia chilena no debieran descartar por anticipado la posibilidad de que surja una situación que requiriera una política de retirada y de compromiso. Como siempre en política revolucionaria este es un asunto que no puede ser contestado sobre la base de principios abstractos sino de un análisis realista, cuidadoso y completo de las situaciones concretas.

Esta es una nota adecuada para terminar. Quizá la más grande, última y fatal debilidad de la Unidad Popular chilena es que para empezar no tenía una estrategia coherente y en ningún momento se mostró capaz de hacer ningún tipo de evaluación de las situaciones en las que estaba operando, lo que habría sido esencial para el éxito. Si los sacrificios heroicos de los trabajadores chilenos no han de ser en vano, los socialistas revolucionarios del mundo entero deben aprender esta lección de memoria y tomar la decisión de dominar el arte de analizar la realidad y extraer correctas conclusiones de sus análisis.